

El tiempo que de vida le fue dado,  
 Consiga satisfecho retirarse  
 Como harto del banquete el convidado.  
 Y basta. Más no agrego, tèmeroso  
 De que juzgues de mí que al legañoso  
 Crispino los papeles he robado.

FRANCISCO VERGARA BARROS

Ocaña, 11 de noviembre de 1919.

## ELOGIO DE LA REPUBLICA

(Del libro inédito *Educación Nacional*)

Cuando uno recorre las difusas y pesadas páginas de las crónicas coloniales, invade el espíritu el prolongado y letárgico sopor que domina toda esa época de opresión y tristeza. En tanto que en el Viejo Mundo, desde la gran transformación del Renacimiento, se cambia el curso de las ideas, y se bate en hornos ardientes el hierro de la sociedad futura, y nueva arcilla se modela en nuevas formas, en el hemisferio americano todo parece condenado a una infecunda y fatal inercia. En la gran península que se denomina Europa todo se agita entonces con increíble rapidez, los hombres, las doctrinas y las cosas, y en el Nuevo Mundo yacen los colonos en un marasmo y una quietud interminables.

En las selvas, en las planicies, en las empinadas cumbres del continente americano, en las incipientes ciudades, miserables agrupaciones de cabañas, sólo se escucha el chasquido del látigo que cae inmisericorde sobre las espaldas del indio indefenso; las preces del misionero que lo exhorta a la obediencia y lo consuela con las esperanzas de un mundo mejor, más allá de

la muerte, y el grito aterrador del ignorante y orgulloso encomendero.

Como una imagen auténtica de ese sueño de piedra que Santa Fe durmió en la Colonia bajo la dominación de capitanes, virreyes y oidores, dos espíritus agudos, don J. M. Vargas Jurado y don José María Caballero, el uno más antiguo, el otro más reciente, hasta 1819, nos han dejado sendos diarios de valor inapreciable.

«En el primer trabajo, el de Vargas Jurado, se advierte la obra de un hombre sencillo, de bello carácter, bueno y sincero. Nos relata él, día por día, esos últimos años del siglo XVIII, en que el Virreinato llegó a su apogeo. Allí hallamos datos para la historia de Bogotá, que eran desconocidos, tales como el incendio de Santo Domingo en 1761, no mencionados por ningún historiador; y aun para los anales del país, como esa insurrección de veleños, anterior a los comuneros, la cual tampoco figura en nuestras crónicas. Su biografía está hecha por él en los apuntes que nos dejó de su vida. Tesorero de la Santa Cruzada y Notario, fervoroso creyente, buen hijo, sus apuntamientos tienen todo el sabor de la vieja Santa Fe. Allí desfilan los virreyes, los oidores, las monjas y los verdugos.» (1)

La muerte, según estos ingenuos escritos, parece ser la preocupación constante de los santafereños. La religión es la única que señorea el espíritu de los colonos, y ante una existencia sin los íntimos dramas de ardientes pasiones encontradas, los súbditos de su majestad católica sólo viven meditando en el último descanso. Bogotá era por entonces a manera de una vasta Cartuja donde cada cual cavaba en silencio su sepulcro.

(1) *La Patria Boba*, Introito.

Sociedad de monjes laicos, sólo las celestiales esperanzas alientan en los corazones.

Oigamos por curiosidad a Vargas Jurado:

«Año de 1734. Por enero de este año murió el doctor Juan Bautista de Toro, de muchas letras y virtud; enterráronlo en el Sagrario, día de las cuarenta horas, que consiguió a su solicitud y eficacia.—En dicho mes y día 17 de enero de este año, murieron el Fiscal Castilló y doña María Luisa de Ospina.—En 25 de marzo de este año de 734 tomó posesión de la Penitenciaría señor doctor don Manuel Rodríguez de Moya y Melgal, y murió en el mes de . . . —Matiz murió el 14 de agosto de 1834.—El 20 de octubre de este año murió el Padre Fray Diego Barroso. Asistió la Audiencia a su entrega.»

¡Tales fueron, según los apuntes de Vargas Jurado, los acontecimientos notables que tuvieron lugar en Santa Fe el año de gracia de 1734!

Como los hombres de Santa Fe no tenían aspiraciones políticas ni los urgían los combates de la vida ciudadana, llevaban, a faltas de otras crónicas, que no las había, una detallada minuta de cuándo se principió la edificación de un templo, cuándo se terminó una media naranja, cuándo se concluyó un camarín, cuánto pesa la custodia de cada una de las iglesias, y cuántas piedras preciosas la adornan. Se distraen anotando con paciente minuciosidad, las fechas en que las dignidades eclesiásticas toman posesión de su cargo y marcan con piedra miliaria la llegada de un oidor. Es curioso leer en estos diarios, como hechos muy notables, que en tal o cual día las monjas de Santa Clara se cortaron el moño por una peste. Las recepciones de Arzobispos y Virreyes forman época en los anales de estas piadosas gentes, y a la muerte de un monarca español las campanas de todos los templos conturban

el alma con miles y miles de dobles y los súbditos del lejano y omnipotente Señor tienen que vestirse de luto por él. «En este año (1747), dice Vargas Jurado, para lutos del rey me dieron los señores B O y C 30 pesos.»

Suele sinembargo interrumpir esas horas tranquilas algún acontecimiento extraordinario que les eriza los cabellos a los pacíficos moradores de Santa Fe. «En 17 de julio de este año (1749), refiere el mismo Vargas Jurado, ahorcaron a Bernardo Jaspe, en San Victorino, por una yegua.» La naturaleza otras veces se encarga de conmover esos espíritus jamás atormentados por la duda ni por arduos problemas, y el pánico se apodera de ellos cuando en Santa Fe y otras poblaciones se sienten los breves sacudimientos de tierra de que tanto nos hablan los viejos cronistas. Las gentes se precipitan en las calles y plazas golpeándose el pecho en señal de penitencia y es entonces cuando se recoge la más abundante mies espiritual. En esta época de tan sincera y tan envidiable fe todo está pendiente de las ideas católicas, únicas que al pueblo le es permitido acoger, y aun suele celebrarse una ceremonia religiosa antes de abrir los pliegos que vienen de España.

Pero no vaya a creerse que todo el Nuevo Reino descansa en esa paz de los sepulcros que por fuera aparece. El vigoroso y severo edificio de la colonia está minándose en silencio. En el viejo claustro de Fray Cristóbal de Torres las ideas y prácticas de la república implantadas por el Santo Prelado en las Constituciones de su Instituto han recorrido trecho muy largo, y están a punto de ostentarse con inusitado brillo. Una ignota falange de héroes y sabios aguarda en orden de batalla la señal gloriosa de su marcha hacia la meta soñada y presentida.

A partir del atrevido movimiento de los comuneros, que fue un principio de rebelión contra el bárbaro

despotismo español, el cual desde entonces se tornó más duro, todo parecía sosegado y tranquilo en los vastos dominios del Rey. Más tarde, en 1806, traídas en alas de vientos favorables llegaban misteriosas noticias sobre la expedición de Miranda y de su temprano fin en las tristes costas de Ocumare; y a la postre, en 1809, al propio tiempo que se había tenido conocimiento de la rebelión de Quito, funestos anuncios sobre los reyes de España perturbaban la calma del Virrey Amar y Borbón. Al paso que las enseñas de Napoleón atravesando la Península, sólo defendida por el pueblo, un rey sin honor y una reina frívola y un príncipe débil y un favorito tan melindroso como petulante huían a Bayona dejando vacío el trono que ilustraron los monarcas de Castilla. La nación española apelaba a juntas patrióticas para defenderse y su legendaria lealtad no abandonaba aún a sus reyes humillados y prófugos, pero en América los acontecimientos se precipitaban.

Al fin el 20 julio de 1810 el incendio prendido en la plaza mayor de Bogotá se extendió con increíble rapidez por el inmenso Virreinato de la Nueva Granada. Un simple puñetazo de un criollo a un español produjo la catástrofe. Si en la vida del hombre el paso de la niñez a la adolescencia se manifiesta, a la vez que por ciertos fenómenos físicos, por incógnitas, extrañas y vagas aspiraciones, que surgen de repente en el fondo de la conciencia, el tránsito de la esclavitud a la independencia debe marcarse en los pueblos con no menos extraordinarios anhelos y desconocidas ambiciones. En presencia de la rutilante faz de la libertad, recién conquistada, los santafareños debieron sentir el encanto del primer hombre, cuando apenas vuelto a la vida del divino sueño, desperezó los miembros, respiró embalsamadas brisas, entreabrió los ojos y ante ellos

apareció la compañera de su vida, en plena juventud, con no imaginada y sin igual hermosura, llena el alma de todas las ternuras, las veleidades, los caprichos, los heroísmos y las grandezas de su sexo, que todo esto es la libertad y mucho más. El 20 de julio había nacido también la república, deidad caprichosa, ingrata y a veces funesta; pero siempre grande, siempre bella, siempre lista a proteger a los pueblos con su escudo (1).

Como la república, aunque es orden, no es inercia ni obediencia pasiva, sino deliberación y movimiento, no todas las provincias del antiguo Virreinato obedecieron al patriótico llamamiento de la Junta de Gobierno de Bogotá. Alzáronse las provincias dispuestas a guerrear unas con otras, a modo de feudo contra feudo, por envidia y rivalidad, y la murada señora del Atlántico, Cartagena, quiso dirigir la revolución, con mengua de la muy noble y leal capital del virreinato. Por primera vez sonó entonces la fatídica palabra de federación, y esta palabra, desde esa época memorable, ha sido en Colombia símbolo de desorden y anarquía, atraso y violencia.

En 1811 las tropas de la Patria al mando de Barrera y Girardot batían a las tropas españolas en el alto Palacé. Era la primera brillante jornada de la República, y en ella se cubrían de honor nuestras banderas. El sol de esa batalla presenció cómo una pequeña tropa de patriotas, al mando de dos jóvenes aún

(1) Don Miguel Antonio Caro ha sostenido con pruebas históricas (Artículos y Discursos, 1888), que los próceres no proclamaron la independencia el 20 de julio de 1810, ni aun la independencia absoluta siquiera, sino hasta el 26 de julio de 1813. Nosotros no tratamos de investigar el pensamiento de los próceres el 20 de julio. Sea de ello lo que fuere, ese día nació la república.

sin gloria, se enfrentaba al león ibero y lo dejaba herido. Pero graves acontecimientos turbaban el corazón de las gentes en Cundinamarca. Por ley inevitable en la agitada vida republicana dos ardorosos y opuestos partidos habían levantado sus enseñas de guerra en la callada Santa Fe, apenas convocado el Congreso por la Suprema Junta de Gobierno. Enarbolaba los estandartes federales don Camilo Torres, sabio y elocuente y soñador, y enhéstaba el pendón del Centralismo don Antonio Nariño, el viejo proscrito que con mirada aguilina veía desde las alturas la tremenda lucha que se aproximaba sin una autoridad central, enérgica y obedecida. En torno de estos dos grandes ideales se han batido siempre los grandes partidos políticos de Colombia, y a su turno vencedores y vencidos han ensangrentado muchas veces el sacro suelo de la República.

La guerra civil entre Cundinamarca y el Congreso se hizo inevitable. Baraya y Girardot, estos dos ilustres jóvenes predestinados al martirio y al renombre inmortal, se presentaron a medir sus armas con el soberbio dictador. Los tambores de Girardot sonaron en Monserrate, con espanto de los santafereños, y los redobles de Baraya se escucharon en San Victorino (1813). Nariño los esperaba. Jamás en nuestra sosegada altiplanicie se había sentido pánico semejante; pero al pavor sucedió súbito entusiasmo. Baraya y Girardot tuvieron que huír ante un puñado de guerreros improvisados; pero tanto los derrotados como los triunfadores habían deshojado sus más verdes y frescas coronas de laurel en una guerra de hermanos.

Sin embargo las gentes timoratas que en tiempos no lejanos habían disfrutado el dulce sosiego de una vida sin afanes ni miedo, empezaron a echar de menos, ante el estruendo y el tumulto de la república, los fe-

lices días de los virreyes con sus voladores y sus sencillas fiestas de toros, a la entrada de los magnates, hombres superiores a los otros, oráculos de verdad y símbolos de respeto. Esas almas sencillas no comprendían que ni las transformaciones más leves se verifican sin grandes sacudidas y que la ruptura de toda tradición produce en el espíritu dolorosos desgarramientos. No se puede vegetar en la inacción. En el mundo físico como en el mundo de la inteligencia todo es actividad y movimiento, y para hablar el lenguaje de los geólogos, este mismo hermoso planeta que habitamos necesitó largo tiempo de lucha en el oscuro y tenebroso recinto de las tempestades, antes de aparecer con sus graciosos continentes de belleza insuperable.

Otra vez en 1814 las fuerzas de la Federación se disponían a rendir a Bogotá. El año de 1813 había sido funesto para las armas de la república, en Venezuela. El Libertador se presentaba derrotado, pero no vencido, y por segunda vez reclamaba el auxilio de Nueva Granada, él que había contemplado con asombro y regocijo los heroicos sacrificios de sus hijos en grandiosas batallas, él que había saludado con aclamaciones el valor de Girardot en la cumbre del Bárbula. Ante el prestigio de Bolívar, a órdenes del Congreso federal, Cundinamarca hubo de capitular, y el anciano Dictador de Cundinamarca, don Manuel Bernardo de Alvarez, hubo de entregar el mando, no sin que a la primera descarga huyeran a todo galope los presuntuosos caballeros españoles de *San Fernando*.

Esta primera guerra civil costó a la Patria unos cuantos centenares de hombres, esterilmente sacrificados, unos cuantos miles de pesos, y más que todo trajo consigo el descrédito de la república y el más profundo desaliento. Es bastante difícil formarse idea clara y precisa del estado de esas personas candorosas que a prin-

cipio del siglo pasado vieron la caída del gobierno colonial y presenciaron el empuje de un gobierno revolucionario presidido por hombres de fogoso temperamento, sin la práctica de los negocios públicos y sin conocimiento del arte política. Duros y largos combates interiores debieron sostener estas gentes entre una fe que había crecido y se había sustentado a la sombra del imperio español y la revolución americana que encendía los espíritus y transformaba las ideas en yunque de fuego.

La última expedición enviada por Cundinamarca al mando de Bolívar pereció ante las fortalezas de Cartagena, a influencias de funestas rivalidades; se le prohibió pisar el suelo que iba a libertar, y triste y perseguido por la injusticia y la envidia, hubo de buscar asilo en las islas del mar Caribe, Jamaica y Haití, en donde encontró el apoyo que le negaba Cartagena; y entre tanto a las sagradas puertas de esta ciudad, que no tuvo rivales ni en valor ni en sufrimientos ni en gloria, se acercaba el Nerón español: Morillo.

En Puerto Cabello concentró las fuerzas militares y navales destinadas a la campaña: una escuadra formidable para aquellos tiempos compuesta de cincuenta y seis unidades entre buques de guerra y transportes, escoltados por el gran navío *San Pedro de Alcántara* y 7850 hombres de desembarco. Ninguna escuadra más numerosa ni más bien equipada habían visto hasta entonces las playas de América. Después de ciento veinte días de sitio Cartagena cayó en manos de los sitiadores. A cualquiera hubiese inspirado compasión con su hacinamiento de cadáveres y escombros y gentes moribundas; pero ante ellos no se ablandó el duro corazón del impasible teniente general: los más ilustres patriotas fueron fusilados por la espalda como traidores al rey; y un poco antes en Bocachica seiscientas per-

sonas habían sido degolladas por el sanguinario José Francisco Morales.

Tres expediciones dirigió el Pacificador sobre la ya indefensa Nueva Granada. Tres líneas de fuego y acero la recorrieron en todas direcciones: una por el norte, otra por el río Magdalena y otra por el Atrato. Al cruel Pacificador iba siguiendo la del norte y a donde quiera que estampó el recio tacón de sus botas ornadas de fina espuela fueron cayendo cabezas de patriotas como flores tempranas y purpúreas.

La guerra civil había agotado los recursos de la república, y la capital del antiguo virreinato estaba desgarnecida. Unos pocos soldados se dirigieron con Santander y Serviez a las dilatadas e insalubres pampas de Casanare, ya casi faltos de esperanza, y el presidente Fernández Madrid, con profunda tristeza, tomó camino de Popayán escoltado por una pequeña tropa. La república que con tanto brillo se había anunciado el 20 de julio había caído con poco estruendo, y entre lúgubres presagios Santa Fe esperaba a los expedicionarios.

Fue en esta ciudad en donde Morillo le dio más rienda a su crueldad nativa, a su odio sin límites, a la fiereza de sus instintos. Tres Tribunales estableció el Pacificador: el *Consejo permanente de guerra* condenaba a los inocentes acusados al último suplicio, y les confiscaba sus bienes; el *Consejo de Purificación* juzgaba a los simples afectos a la causa de la independencia, los agobiaba con multas cuantiosas, y los obligaba a servir en el ejército o a trabajar en la apertura de caminos públicos ideados por el Pacificador en climas insalubres, y la *Junta de Secuestros* arrebatava los haberes de los patriotas en provecho del rey y los realistas. Las viudas y los huérfanos de los ajusticiados sufrían el confinamiento, vigilados por miserables esbirros de pa-

roquia. Insolentes oficiales españoles debían ser alojados en los castos, ilustres y cristianos hogares de Santa Fe de orden superior, y en los frecuentes saraos con que los turiferarios de Morillo lisonjaban su vanidad, las señoras habían de mostrarse risueñas y complacientes con los verdugos de sus padres, sus hijos, sus hermanos. A tarde y a mañana las campanas de todas las iglesias pedían con sus dobles, oraciones

Para hacer bien por el alma  
Del que van a ajusticiar.

Sonaban las mortíferas descargas en todos los ángulos de la ciudad, y las cabezas de los próceres se exhibían en jaulas o en escarpías en los caminos públicos. Así sucedió con las de don Camilo Torres y don Manuel Rodríguez Torices. «Todos vimos, dice don José Manuel Groot, los gallinazos parados sobre estas jaulas descarnando las cabezas de estos dos ilustres americanos.»

El devoto Pacificador ordenaba estos sacrificios después de oír la misa del Espíritu Santo, y era tanta la piedad de Luis Villabrile, capellán del ejército expedicionario, que se apoderaba de los argénteos vasos de las iglesias y los convertía en frenos para su caballo y espuelas para sus botas.

Seis meses duró la época del terror en Santa Fe, y el Pacificador tomó el camino del Llano dejando en su lugar a don Juan Sámano, viejo hipócrita y fanático y más cruel que el mismo don Pablo Morillo. Después de una larga e infructuosa campaña éste abandonó las costas de Venezuela, cuando ya habían sonado las inmortales cargas de Boyacá. Cinco años empleó el Pacificador en cortar cabezas de próceres, y al cabo de ellos sólo había conquistado la execración para su nombre y el odio de innúmeras generaciones.

España, siempre injusta para con sus colonias, decoró a Morillo con los pomposos títulos de Conde de Cartagena y Marqués de la Puerta. Militar, sólo militar, sin cultura ninguna, él no comprendió el estado de los espíritus en la colonia; no se formó la más remota idea de las necesidades de la época, no atinó con los pensamientos que bullían en el alma de los próceres. Pasó a manera de tempestad, preñada de rayos, descuajando los árboles mas enhiestos, sin que se diese cuenta de la misión providencial que cumplía, porque a su solo nombre surgieron millares de patriotas y realizaron la república.

La fe del Libertador triunfaba de todos los obstáculos de la naturaleza y de los hombres, y cuando los formidables y victoriosos ejércitos españoles señoreaban casi todo el vasto Continente Americano, con excepción de la Provincia de Guayana y de las extensas y solitarias llanuras orientales, el Libertador convocó para la ciudad de Angostura, a orillas del Orinoco, un Congreso de Representantes de Venezuela y de la Nueva Granada para expedir la ley fundamental de una república ideal y lejana que sólo existía en los dominios sin límites de su genio. Y allí reunidos unos cuantos guerreros indomables, ante un cielo indiferente y unas pampas bravías, cruzando sus espadas en señal de juramento prometieron defender la ley fundamental de la República de Colombia, que salió de aquellas soledades con no igualada belleza, armada de casco y escudo y espada amenazadora; y allí mismo, donde poco tiempo antes, en presencia de una asamblea de visionarios, Bolívar había expuesto sus casi increíbles planes sobre la reconquista de Nueva Granada, narraba ahora, después de una breve y pasmosa campaña de setenta y cinco días, las proezas que había realizado, de las cuales surgió el 17 de diciembre de 1819 nada

menos que una nueva nación y la libertad de todo un mundo.

El Congreso de Cúcuta de 1821 reafirmó esta ley fundamental. Jamás hombres tan ilustres se habían reunido en tan retirada villa, ni en tan estrecho recinto, ni en ocasión tan solemne, ni para tratar de asuntos tan portentosos y trascendentales. Más que una asamblea de simples legisladores era en realidad un cenáculo de apóstoles y sabios. Lo que oyeron los humildes muros que ampararon el Congreso de Cúcuta no lo volverán a oír cientos de generaciones. La voz de la verdad y el patriotismo más puro resonó en ese pobre edificio con acentos que los colombianos no olvidaremos jamás en medio de la trivialidad de la vida y los mezquinos pensamientos de la férrea edad que atravesamos. No se trabajó en ese agosto Congreso tan sólo por los futuros intereses de una república naciente; se trabajó por los grandes intereses de la humanidad; por la manumisión de los esclavos; por la justa libertad de la palabra escrita; por los nobles derechos del ciudadano en presencia de la Iglesia y el Estado; por la educación de la juventud en bien de la república; por la consagración del nombre venturoso de los héroes; por todo lo que atañe al orden religioso, civil y político. Y en medio de aquellas pacíficas y luminosas discusiones llegaron allí, en las alas ligeras de la fama, los gloriosos mensajes de la victoria de Carabobo, con la cual quedó sellada la independencia de Venezuela, y se anunció la caída de Cartagena en poder de nuestra escuadra, lo que hacía a la república dueña del Atlántico.

En áureos y diamantinos caracteres ha grabado la historia las palabras que el héroe pronunció en su renuncia de la Presidencia de la república.

«Yo soy el hijo de la guerra, el hombre que los combates han elevado a la magistratura; la fortuna me

ha sostenido en este rango y la victoria lo ha confirmado.

«Pero no son estos los títulos consagrados por la justicia, por la dicha y por la voluntad nacional. La espada no es la balanza de Astrea, es un azote del genio del mal, que algunas veces el cielo deja caer sobre la tierra para castigo de los tiranos y escarmiento de los pueblos. Esta espada no puede servir de nada el día de la paz, y éste debe ser el último día de mi poder, porque así lo he jurado para mí, porque lo he prometido a Colombia y porque no puede haber república donde el pueblo no está seguro del ejercicio de sus propias facultades.

«Un hombre como yo es un ciudadano peligroso en un gobierno popular, es una amenaza inmediata a la Soberanía Nacional.

«Yo quiero ser ciudadano para ser libre y para que todos lo sean. Prefiero el título de ciudadano al de Libertador, porque éste emana de la guerra y aquél emana de la paz.

«Cambiadme, Señor, todos mis dictados por el de buen ciudadano.»

Con razón han hecho notar algunos historiadores la grande influencia que en el Congreso de Cúcuta tuvieron las ideas españolas que hicieron su triunfal aparición en 1812. Dos veces los liberales de la Península trabajaron tal vez sin desearlo en la obra de la emancipación americana: en aquel año y en 1820. A Quintana se atribuye el célebre manifiesto en que por primera vez España reconoció la justicia de la independencia. «Desde este momento, decía, españoles americanos, os veis elevados a la dignidad de hombres libres.» Y él mismo gran poeta así apostrofaba a la América en 1806:

Con sangre están escritas  
 En el eterno libro de la historia  
 Esos dolientes gritos  
 Que tu labio afligido al cielo envía.  
 Claman allí contra la patria mía,  
 Y vedan estampar gloria y ventura  
 En el campo fatal donde hay delitos.  
 ¿No cesarán jamás? ¿No son bastantes  
 Tres siglos infelices  
 De amarga expiación? Ya en estos días  
 No somos, no, los que a la faz del mundo  
 Las alas de la audacia se vistieron  
 Y por el ponto atlántico volaron;  
 Aquellos que al silencio en que yacías  
 Sangrienta, encadenada te arrancaron.

Caros habían de costarles a los liberales españoles estos nobilísimos sentimientos. Muchos pagaron con el ostracismo cuando no en el cadalso, su amor a los misérrimos pueblos de América y su simpatía con las ideas repúblicas, y estas ideas ya no podían morir. Eran águilas emisarias de otros credos y otros símbolos que habían partido en todas direcciones a los fulmíneos choques de la Convención francesa, y no podían detenerse en su rápido vuelo. En vano el imbécil monarca Fernando VII quiso ahogar en sangre los nuevos conceptos sobre la vida y la sociedad y el estado. El canto de Riego iba a sonar en las costas gaditanas como feliz presagio para los ejércitos americanos, que sólo luchaban por la república.

A partir del Congreso de Cúcuta, Colombia se fue engrandeciendo y cubriendo con su clámide de púrpura y oro todo un continente desde la isla de Margarita hasta las nimbosas cumbres del Potosí, donde en manos de Bolívar tremoló radioso nuestro pabellón tricolor, como el héroe lo había soñado en la noche angustiosa de Casacoima.

«Fue ésa la edad de oro de la República, dice don Carlos Cuervo Márquez en su elegante *Vida de don José Ignacio de Márquez*. Sus armas victoriosas conquistaban para la libertad las porciones del territorio en donde aún tremolaban los pendones del rey. En las fortalezas de Puerto Cabello y en las escarpías inexpugnables del Juanambú y del Guaitara ondeaba al fin el pabellón tricolor. El ejército del sur, después de libertar a Quito en la célebre batalla de Pichincha, sellaba la independencia americana en los campos inmortales de Junín y de Ayacucho. El Istmo y Guayaquil proclamaban la anexión a Colombia, y el prestigio de la república se extendía a través de los mares. Las naciones europeas reconocían nueva la nacionalidad; los hombres más eminentes de Europa y de Norte América admiraban sus triunfos y sus instituciones. Washington y Lafayette la proclamaban como la más poderosa de las naciones latinoamericanas.

«Bogotá, la vieja ciudad de los virreyes, como residencia de los altos poderes públicos, era teatro de inusitado movimiento. Además del numeroso grupo de funcionarios, civiles o militares, escogidos entre los ciudadanos más distinguidos de Venezuela y de la Nueva Granada, que por el desempeño de sus funciones habían venido a establecerse en la capital, aspirantes y solicitantes de toda clase afluían a ella constantemente. Sitio de tránsito entre las provincias del norte y del sur de la República, en plazas y calles lucían sus uniformes los oficiales que de los departamentos del norte seguían a incorporarse en el ejército del sur y a cosechar allí nuevas glorias que agregar a las que ya habían adquirido en las terribles campañas de la guerra a muerte en Venezuela.

Gloria y prosperidad tan grandes habían sin embargo de eclipsarse muy pronto en medio de un univer-

sal lamento de tristeza. Con la rebelión de Páez en 1826 había de empezar la lenta agonía de Colombia. La hija poderosa de Bolívar, la nacida en Angostura entre los toldos de campaña y el estrépito de los cañones y el flotar de las banderas, iba a exalar su último aliento con el último aliento del héroe en las ardorosas y tristes playas del mar Caribe. El vencedor legendario de las Queseras implantó desde entonces en Venezuela el caudillaje militar que aún no ha terminado en la vecina república. Y si antes había sido necesario sostener una lucha sin tregua contra los aguerridos tercios castellanos, ahora había que emprender una no menos tenaz y costosa contra las rudas ambiciones del militarismo. Había que libertarse de los libertadores, según la frase picante y expresiva de la época. Los miserables tiranuelos que preveía el Libertador alzaban ya su cabeza en los cuatro puntos cardinales del continente recién conquistado para la república. Las nuevas instituciones no se podían consolidar ni inspiraban respeto y confianza ante aquellos voluntariosos veteranos que, cubiertos de gloria en brillantes jornadas, estaban acostumbrados a vencer todos los obstáculos y las dificultades con el filo de su espada.

A este cáncer del militarismo imperante había que añadir las mezquinas rivalidades regionales más difíciles de dominar que a los más tenaces enemigos. Desde 1821 se había presentado en el Congreso de Cúcuta el problema de cuál sería la capital de la Gran Colombia, si Caracas o Bogotá. La primera reclamaba ese honor con justicia por sus inmensos sacrificios en la guerra magna, por la bravura de sus hijos y porque a su sombra se había mecido la dorada cuna del Libertador; y pretendía este homenaje la segunda por ser el centro de la gran república, por el número y amplitud de sus edificios, por lo uniforme de su raza blanca y por su

aristocrática cultura. Hay que tener en cuenta que desde los primeros días de la gran Colombia Venezuela miró con malos ojos el régimen unitario de la República, en contraposición al federal, y que sólo admitió el pacto de unión ante la grandeza de Bolívar, la inminencia del peligro y el costoso mantenimiento de un numeroso ejército que se prometía nada menos que llevar sus armas vencedoras hasta las remotas cumbres de los Andes peruanos.

Y sobre esta nación combatida por todo género de males se desató el huracán de las pasiones políticas con desconocida violencia. Desde ese tiempo comenzaron a esbozarse en el lienzo de nuestra historia los dos opuestos e históricos partidos políticos que se han disputado el dominio de la república: discreto, ilustrado y prudente el uno, audaz e impetuoso el otro; el uno amigo de la tradición, que es base del progreso; el otro presto a implantar las más desatentadas innovaciones en todas las esferas de la actividad humana; en fin las fuerzas centrípeta y centrífuga, de cuyo equilibrio resulta el orden y la armonía, o sobreviene la catástrofe. Los confesores y devotos de una entidad abstracta denominada la ley iban por ella hasta el tiranicidio, y enamorados de la atoridad, no vacilaban en sacrificar en sus altares víctimas indefensas, merecedoras de generoso indulto. El Libertador representaba el poder vigoroso y fuerte que confluye a la dictadura, y acaso hasta el despotismo, en guarda del orden, y el general Santander, especie de militar venezolano y abogado granadino, según admirable frase de don Miguel Antonio Caro, era el paladín de la sumisión incondicional a la letra muerta de la ley, que nada fecunda. Ante el estado caótico de la república por aquellos días los espíritus desesperaban ya de la salvación de la Patria. Tristes vaticinios, lúgubres presentimientos atormentaban el

alma de los patriotas, y una época de escepticismo y desaliento había sucedido a la fe y el entusiasmo.

En estas circunstancias atravesó de norte a sur el continente americano, como un funesto fantasma, el pensamiento de la monarquía. Emisarios de Páez corrieron a inquirir sobre este punto el ánimo del general Santander, que rechazó con indignación el proyecto, y otros volaron a solicitar el asentimiento de Bolívar, a quien sólo le faltaba una ceremonia religiosa para ceñirse la imperial corona de los Andes; pero quizás en sus horas de fiebre y delirio en medio de los laureles, aromas, músicas y cantos y homenajes esplendorosos de Lima al Potosí, sólo tributados a los grandes conquistadores de la tierra, por su mente tal vez cruzaba como una sombra fatídica, el triste cadalso de Iturbide. El proyecto de constitución boliviana se consideró como el primer paso de la república al imperio, y aun los menos celosos republicanos creyeron perdidos e inútiles los enormes sacrificios de la guerra magna. Es cierto que el Libertador no hallaba para reprimir la anarquía más remedio que la dictadura. En los horizontes sin fin de su espíritu ya empezaba a ponerse el sol de las ideas. El genio iba a plegar en silencio sus alas gigantes. La inaudita conspiración de septiembre acabó por sumergir en la más profunda melancolía y abatimiento al Padre de la Patria, y su desaparición en las riveras del Atlántico marcó el solemne término de la Gran Colombia. De los girones radiantes de su manto, que flotaron un instante bajo el cielo azul y esplendoroso de los trópicos, uno envolvió la altura del Avila, otro se anudó en torno del ígneo cinturón del Ecuador, y el más hermoso, enseñó el iris de sus colores en el círculo de luz que corona el Tequendama.

De esta catástrofe surgió no tan grande, pero no menos bella que la gran Colombia, la República de

Nueva Granada. A su doloroso nacimiento precedió como un cárdeno relámpago el último esfuerzo del militarismo: la efímera dictadura de Urdaneta. Los primeros mandatarios de la Nueva Granada pueden considerarse como los fundadores de nuestras libertades civiles y políticas. No se presentan ya estos hombres en la historia iluminado el rostro por los rayos del combate; son simples magistrados que no exhiben otra arma que la ley en la mano; y si es verdad que algunos de ellos son militares de alto renombre, como Herrán, no son sus famosas hazañas las que nos seducen, sino sus pacíficas labores por el bien de la República en el seno de la paz. La injusta guerra de 1840 detuvo por desgracia a la Nueva Granada en su camino ascendente de progreso y ventura; pero así y todo su avance fue tan firme y duradero que no lo paró por completo aquel largo y general incendio.

Entre los insignes estadistas de la Nueva Granada aparece don José Ignacio de Márquez, sabio jurisconsulto, orador eminente, modelo de respeto a la ley; don Joaquín Mosquera, consumado diplomático, de purísimo patriotismo; don Domingo Caycedo, símbolo de caballerosidad y benevolencia; don Rufino Cuervo, dechado de virtudes republicanas; el general Pedro Alcántara Herrán, el primero en la guerra, el primero en la paz, el primero en el corazón de sus conciudadanos, como se dijo de Washington; el general Tomás C. de Mosquera, de impetuosa energía. Hacienda, instrucción pública, caminos, navegación por vapor, sistema de pesas y medidas, no hubo un solo departamento administrativo en que no dejara luminosa huella el atrevido reformador, en su primer período.

Católicos a carta cabal, menos el último, caballeros sin miedo y sin tacha, liberales moderados, según el concepto político de la época, sin plebeyas ambicio-

nes y sin odios, ellos formaron el núcleo que sirvió de base al partido conservador y organizaron y dieron duradero fundamento a todos los ramos de la República con una paciencia, con un amor, con tan noble entusiasmo que de sus grandes objetivos no los retrajo ni la envidia, ni el dolo, ni los injustos ataques de sus enemigos.

La elección del general José Hilario López en la azonada de 1849 cerró con broche de acero el áureo libro en que estaban escritos los nombres de los virtuosos, modestos y tolerantes magistrados granadinos. Desde este día comienza un largo eclipse de las libertades públicas y una gran decadencia en la moral política. Desconocióse el derecho de propiedad, desencadenarónse sobre los más probos ciudadanos las bajas iras populares, desenfrenóse el poder moderado de la prensa. Se identificó a la república con un solo partido, y se vio a la Iglesia privada de sus privilegios y desterrados sus obispos y perseguidos sus ministros. Este orden de cosas no se detendrá en lo sucesivo, ni ante la austera virtud de don Manuel María Mallarino ni ante las combinaciones políticas de don Mariano Ospina. Más tarde vendrá la Confederación granadina, y como consecuencia de ella la inmutable constitución de Rionegro, el código de la anarquía organizada; pero no todo es negro en este breve cuadro. Bajo el régimen del 49 se dio el último y definitivo paso para la libertad de los esclavos, se implantó el juicio por jurados y se suprimió la pena de muerte por delitos políticos. Codazzi levantó la carta coreográfica de toda la República y don Manuel Ancizar nos dejó de la expedición científica al norte, organizada por ese gobierno, la *Peregrinación de Alpha*, libro de galano estilo, de profundos y perspicaces observaciones, único en su género; y tenemos que reconocer que durante la federación de las nueve repúbli-

cas soberanas se dio a la instrucción pública primaria un avance no igualado después, con maestros y métodos alemanes, y se trató por todos los medios de inspirar a los niños el amor de la Patria.

Bajo el estatuto nacional que há treinta y cinco años nos rige, la república ha marchado entre sirtes y escollos, pero en su curso regular y ordenado hasta donde es posible en las instituciones democráticas, se ha restablecido el equilibrio entre las fuerzas políticas de la Nación; se han garantizado las libertades necesarias; se han respetado los fueros de la conciencia; se ha mantenido la concordia entre la Iglesia y el Estado. Los Ministerios mixtos hacen solidaria la causa de la Nación con la de los partidos, y la ley de las minorías contrarresta el predominio del uno sobre el otro; y si todo esto no fuera, casi veinte años de paz, fenómeno hasta ahora desconocido en Colombia, ponen de relieve la sabiduría y bondad de las actuales instituciones.

Tal es el cuadro que presenta la República durante un siglo. Tal es la República en todos los tiempos. Las democracias son por su naturaleza turbulentas; pero al fin y al cabo benéficas para las naciones. Es verdad que a veces a su paso se ensombrece el cielo, siniestros relámpagos cruzan el horizonte en todas direcciones, y resuena el carro de la guerra levantando negros torbellinos de polvo en su camino. Parálizase toda actividad, menos la de la violencia, y la miseria y el hambre se extienden donde quiera. Pero también es verdad que a su dulce influjo muchas veces la paz llena de alegría los corazones; suelta la abundancia su cuerno lleno de frutos y flores; ve el agricultor con deleite abrirse la tierra fecundada por sus manos para descubrirle envidiables tesoros; se taladran férreos ca-

caminos a través de roqueras montañas; cruzan los ríos alegres embarcaciones portadoras de riqueza; el sabio ahonda los misterios de la naturaleza o del alma y el arte embellece la vida.

¿Que las repúblicas son ingratas? Ingratas sobre manera. A sus más ilustres hijos los hacen acariciar al principio con el blando soplo de las auras populares; los elevan a los más envidiables, brillantes y no soñados honores; los coronan de flores y laurel; les dan a beber hechizante miel en ánforas de oro, y a la postre los persiguen hasta la muerte, y cuando pasa el furor de las pasiones políticas, la posteridad cubre sus tumbas de elogios y la república guarda sus cenizas en urnas de mármol. No menos ingratos son los partidos políticos; pero no está en nuestras manos modificar la condición humana. Lo que sí parece inadmisibles es que los mandatarios les vuelvan con desprecio la espalda a sus fervorosos amigos de la víspera, y es inadmisibles, porque la gratitud es derivación de la justicia y virtud de caballeros y cristianos.

Tenemos que educar y adiestrar a la juventud para las luchas de la república. No se concebirían educadores que pretendiesen por ignorancia del país imprimir ideas monárquicas en un estado democrático, y si tales educadores existieran producirían dos males muy grandes: enfriaría a la juventud para la práctica honrada y sincera de los deberes republicanos y no lograría el establecimiento de una monarquía, merced a sus discípulos. La república no es mera teoría sino ejercicio constante de las más austeras virtudes. Hay que procurar desde la escuela primaria que se ame el sufragio, hay que engrandecer este derecho en el alma de los niños hasta convertirlo en un culto. En Roma no se dictaban lecciones de derecho público; pero los hijos de los patricios asistían al foro, oían los ruidosos

debates de la plaza pública; escuchaban la voz de los más renombrados oradores políticos y los acompañaban a los comicios. *Pugnando procellia discebant*, según frase de Cicerón; y esta necesidad de una educación democrática y republicana es tanto más necesaria cuanto que los reyes y emperadores están cayendo de sus tronos seculares, y dentro de breve plazo quizás sólo se hable en cuentos infantiles, a manera de lejana leyenda, de príncipes guerreros y príncipes cazadores y príncipes enamorados y príncipes bufones.

En el día todo tiende a la organización democrática de la enseñanza. Sólo quizás en Inglaterra quedan aún en pie los antiguos colegios de *Gentlemen*. La nobleza del linaje ha cedido casi en todas partes al omnipotente dólar, por una parte, y por otra la clase obrera tiende a nivelar con sus cortantes hachas la sociedad moderna, acabando con el prestigio de los ilustres y viejos nombres, con el lustre de la virtud y el talento, con la fuerza expansiva del oro. La ley de herencia que trae consigo la decadencia intelectual y moral de las más antiguas estirpes, señala como corolario la renovación constante de los hombres de la república. *Rinovarsi o morire*. Sería muy raro que nuestra aristocrática república no padeciera esta gran ley de la renovación. A ella debemos aspirar, pero dentro de los límites de la democracia cristiana, en cuya virtud los hombres se encumbran sólo por sus propios méritos. No hay nada más anticristiano que las oligarquías afortunadas, mediocres y dolosas que con malas artes ahogan entre sus ocultas redes a los ciudadanos ilustrados y buenos.

Es un error muy grande querer apartar a los jóvenes de los debates políticos. Un viejo profesor de derecho desde lo alto de la cátedra aconsejaba a sus discípulos que huyeran de los negocios de la república

y se contentaran con estudiar los fundamentos metafísicos del derecho o la recóndita y grave doctrina filológica e histórica de los edictos. En otros términos, el restablecimiento de los colegios y universidades de la colonia. Es cosa de maestros oligarcas el tratar de infundir en los jóvenes la idea de la renunciación escéptica y pesimista de los cargos públicos. Las luchas de los partidos son luchas necesarias. De cada terrible choque sale más radiante y segura la república. Su noble existencia se prolonga más, y con más brillo, en las continuas batallas de los ciudadanos en pro de contrarios intereses. Colombia por la república ha soportado los más costosos y largos sacrificios, y está en el deber de purificar y enaltecer y acendrar su amor a ella en el corazón de las futuras generaciones. Nuestro orgulloso espíritu republicano no admite el concepto monárquico, ni el despotismo en ninguna forma, ni aun la más aparatosa y brillante dictadura.

Tú, oh Colegio del Rosario, para cuyos discípulos escribo, fuiste en realidad la cuna de la república! Tus colegiales fueron en la guerra magna mensajeros de gloria y sacrificio! Republicanas son tus viejas instituciones, republicanas las aureas leyendas que decoran tu claustro, republicana ha sido tu vida! Si alguna vez en las vicisitudes de los tiempos menguara la majestad de la república, a tu amparo podrían descansar en seguridad sus banderas y a tu sombra afilarían las garras el cóndor de su escudo!

LUIS MARIA MORA



Universidad del  
**Rosario**

Archivo  
Histórico